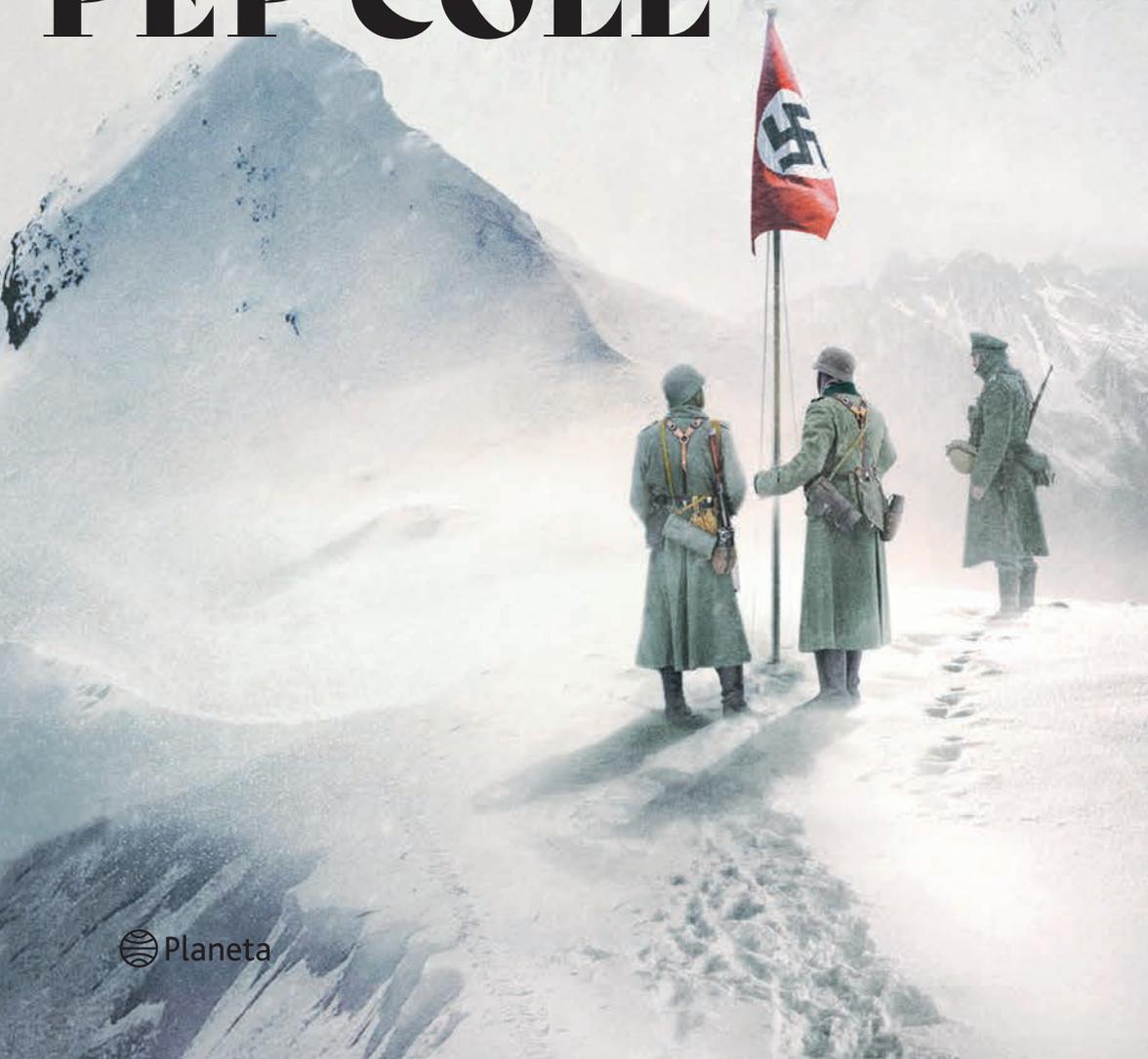


# LA LARGA SIESTA DE DIOS PEP COLL



Pep Coll



La larga siesta de Dios

TRADUCCIÓN DE JAVIER RODRIGO ZUDAIRE

 Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La llarga migdiada de Déu*

© Pep Coll, 2023

© de la traducción, Javier Rodrigo Zudaire, 2022

© Raval Edicions, S.L.U., 2023

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: febrero de 2023

Depósito legal: B. 613-2023

ISBN: 978-84-08-26789-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN I

En el séptimo año de su mandato, Adolf Hitler, canciller de los alemanes, hizo estallar sobre Europa la tempestad que el propio gobernante había ido fraguando desde su toma del poder por votación popular. En la primavera del año siguiente, su colosal ejército inició una guerra relámpago que en pocos días invadió Holanda, Bélgica y Luxemburgo. De inmediato, irrumpió con furia en Francia por la región boscosa de las Ardenas, lejos de la línea Maginot, donde lo aguardaba el ejército francés. La ciudad de Lille, capital del departamento del Norte, fue una de las primeras en recibir la embestida de los alemanes.

En aquel tiempo vivía en esta ciudad de Francia un hebreo íntegro y honrado entre sus contemporáneos, llamado Samuel Silverstein, hijo de Simon. Era propietario de una pequeña empresa de paquetería que disponía de almacén, dos operarios y una camioneta de transporte. El hombre vivía con una hija de diecisiete años que lo adoraba y con sus ancianos padres, de quienes cuidaba. Su esposa había muerto trece años atrás, en el trance de parto de un segundo hijo. Pese a la tragedia de perder en un solo día a su querida Abigaíl y la criatura que esta llevaba en su vientre, el viudo siguió caminando por sendas de justicia,

mostrándose caritativo hacia los suyos, temeroso de Yavé y apartado del mal. Era conocedor de los libros sagrados, y muy especialmente de los seiscientos trece preceptos de la Torá, el mismo número que los granos de la granada, y procuraba cumplir todos aquellos que le afectaban como servidor del Dios de Israel, padre de familia, empresario y ciudadano francés.

A primera hora de la mañana del lunes 27 de mayo de 1940, el transportista Silverstein cargó en el camión media docena de paquetes con la intención de entregarlos a su destinatario, un comerciante de ropa de Douai. La mercancía le había llegado al almacén el viernes por la tarde, el peor momento para un transportista hebreo que quiera cumplir con sus clientes, que en su mayoría son seguidores de la cruz. El día siguiente es el *sabbat*, en que Yavé descansó después de la construcción del mundo, y el precepto divino no solo los obliga a santificar el día, sino que prohíbe explícitamente viajar fuera de la población de residencia. Como si no hubiese suficientes trabas, al *sabbat* lo sigue el domingo, y aunque buena parte de los ciudadanos franceses no santifican mucho la fiesta semanal, la actividad comercial se paraliza. Así pues, el transportista pensó que el tendero querría disponer del género el lunes por la mañana cuando abriese su establecimiento. Y a pesar de los rumores de que las tropas alemanas estaban a las puertas de Lille y de las advertencias de su anciano padre, que intentaba hacerle entender que debían huir de los verdugos de la esvástica antes de que fuera demasiado tarde, puso en marcha el motor de su Ford en dirección a Douai, una población situada a cuarenta kilómetros al sur de Lille. Una vez entregada la mercancía al comerciante,

dio media vuelta hacia casa sin entretenerse. En el entretanto, la carretera se había llenado de vehículos, carros y belgas y franceses a pie que huían en desbandada del ejército alemán y lo obligaban a detenerse continuamente y a avanzar a paso de tortuga.

A primera hora de la tarde, cuando finalmente circulaba por los arrabales de Lille, un gran número de explosiones y columnas de humo se elevaban por distintas partes de la ciudad. No era un bombardeo alemán, como él suponía, sino una alarma todavía peor. Las tropas francesas y las fuerzas expedicionarias británicas, incapaces de detener la furiosa embestida de los alemanes, habían huido en dirección a los puertos de Dunkerque con la esperanza de embarcar hacia Inglaterra. Y antes de abandonar la ciudad, habían prendido fuego a la central telefónica y hecho volar por los aires otros edificios y lugares estratégicos para el enemigo.

Sus ancianos padres y su hija lo esperaban en el patio lateral de la casa hechos un manojo de nervios, rodeados de maletas y embalajes que habían empaquetado a lo largo de la mañana. Los mozos del almacén y el contable hacía ya mucho que se habían marchado. A pesar de las prisas por huir, una vez cargado el equipaje en la caja del camión, los cuatro se recogieron un momento para rezar juntos la plegaria del viajero. Aquella que dice: «Te pedimos, Señor nuestro y Dios de nuestros padres, que dirijas nuestros pasos y nos guíes para que lleguemos sanos y salvos a nuestro destino. Sálvanos del enemigo que nos acosa, del bandolero que nos asedia, de las bestias salvajes y de toda clase de calamidades que por el camino nos puedan sobrevenir. Bendito seas, Dios de Israel, tú que escuchas nuestra plegaria».

Los Silverstein abandonaron su ciudad ignorando cuál era el destino de su fuga. Compartían la incertidumbre con buena parte de las familias que avanzaban a su lado ocupando todo el ancho de la vía, a pie o en bicicleta, a lomos de un animal o montados en carros y vehículos motorizados. Huir hacia el sur era el único objetivo que tenían claro. Pernoctaron en la carretera y, a la mañana siguiente, se desviaron a la izquierda para tomar la dirección de Reims. En una población pequeña, no muy lejos de la histórica Ciudad de los Reyes, vivía una hermana de su difunta esposa, que se había casado con un gendarme. Tal como Samuel y sus ancianos padres más o menos temían, la cuñada los recibió con una frialdad que no disimulaba. Y su marido, el gendarme, tuvo la desfachatez de echarles en cara que si los buenos franceses huían como las ratas, nadie podría parar a los cabezas cuadradas. El anciano Silverstein le soltó:

—Parece que te olvidas de cómo nos tratan los nazis a los judíos. ¡Peor que a los animales!

El policía quiso excusarse:

—No lo decía por vosotros.

Un «vosotros» que quería dejar muy claro que ellos estaban al otro lado, el de los franceses de pura cepa. Como si a su cuñada, por el hecho de haber adoptado el apellido de su marido, se le hubiese borrado cualquier rastro de sangre hebrea. El anciano Silverstein razonó para sus adentros: «Para ellos, nosotros solo somos unos invitados. Y los invitados son como el pescado, que pasados tres días apesta».

Así, pues, dos días más tarde reemprendieron el éxodo en dirección a París. Según les había asegurado el parien-

te policía, el ejército francés se concentraría en la región de la Isla de Francia para evitar que la capital cayese en manos del enemigo. No tardaron mucho en comprobar que no estaba bien informado. O quizá los había aconsejado de mala fe. Los franceses huían de París en procesión, igual que si la peste se hubiese apoderado de la ciudad. Mucho antes de llegar a la capital, tomaron una carretera comarcal que se desviaba en dirección sur y que cruzaba pueblos cada vez más pequeños, habitados por campesinos que azufraban la vid, segaban la hierba o apacentaban las vacas como si nada malo fuera a ocurrir.

Dos días después, una pista de tierra polvorienta y llena de baches los hizo desembocar en la carretera nacional de Orleans, donde se fundieron con la riada multicolor de personas, animales de compañía y ganado; de bicicletas, vehículos de motor, carros y artefactos rodados de todo tipo. Algunas familias iban a pie arrastrando maletas y bultos, perros y chiquillos. Habían salido de casa con la idea de coger el tren y habían encontrado la estación atascada por un hormiguero de viajeros que esperaban en vano conseguir billete. Los escasos trenes que aún podían circular por vías no bombardeadas por la aviación alemana se reservaban al ejército. Aferrado al volante de su Ford, Samuel se abrió paso a bocinazos para adelantarlos e ir avanzando. Por encima de la tristeza y la rabia de tener que abandonar su casa, su ciudad y su negocio, los Silverstein podían sentirse afortunados entre la miserable desbandada de fugitivos. Aparte de alejarse más deprisa del enemigo que les pisaba los talones, llevaban consigo ropa, dinero y provisiones suficientes para sobrevivir algunos meses. Padre e hijo iban sentados en la cabina mientras

que las mujeres viajaban cómodamente echadas encima de los bultos y jergones de la caja, equipada con un toldo que las protegía del polvo, del sol rabiosamente joven de principios de junio y de las miradas y las súplicas de los que iban a pie, quienes les imploraban un lugar en la caja, al menos para la criatura que llevaban en brazos. Tampoco tenían que preocuparse por si en la próxima población encontrarían una habitación donde pasar la noche, puesto que la caja era una cama lo bastante ancha como para acoger a los cuatro.

El mayor quebradero de cabeza del chófer era la gasolina, que cada día era más cara y más escasa. En todo Orleans no quedaba una gota en ninguna parte. Ese éxodo imprevisto y de dimensiones bíblicas procedente de París, del norte de Francia y de más arriba del mapa lo había arrasado todo. A la salida de la ciudad, una patrulla de militares que repartían rancho a la sombra de unos plátanos le indicaron una población próxima del valle del Loira, alejada de la carretera principal, donde cabía la posibilidad de encontrar gasolina. Antes de llegar al desvío esperado, el motor del Ford dijo basta. Samuel bajó a la cuneta con dos garrafas vacías en las manos y se alejó campo a través para ir más rápido.

Hacía cosa de media hora que resoplaba empapado de sudor por una vía estrecha y solitaria cuando oyó a su espalda un ruido estrepitoso. De la parte de Orleans había aparecido una escuadrilla de aviones alemanes que emprendía un vuelo rasante y amenazador por encima de la carretera nacional. De repente, empezaban a disparar contra los fugitivos. El bombardeo fue visto y no visto. Enseguida la formación de Stukas giró en dirección levante y

poco después se fundía en el cielo limpio y primaveral dejando detrás de sí un panorama caótico de gritos y gemidos, humaredas y carreras. Samuel dio media vuelta hacia los suyos atormentado por un presentimiento que se iba confirmando a medida que se acercaba, pues el tramo de carretera bombardeado estaba lleno de camiones y coches humeantes. Los aviones solo buscaban los vehículos, comprendió entonces. Por suerte, su Ford no se veía entre la humareda. Hasta que se fijó en una cabina de color crema estampada contra el tronco de un chopo a diez o doce metros de la calzada: era la delantera de su camioneta, abollada y con las puertas abiertas de par en par. La explosión la había proyectado al campo después de arrancarla del armazón de la caja.

El viejo Silverstein no estaba dentro de la cabina ni por los campos de alrededor. En el lugar donde Samuel suponía que debía de estar la caja cubierta con el toldo, la bomba había abierto un agujero en el asfalto, rodeado de bultos que ardían. Al otro lado de lo que había sido la carretera, se veía el esqueleto del remolque. El humo desprendía una chamusquina espesa e irrespirable, mezcla de alquitrán, de gasolina y de restos de animales, que obligaba a los fugitivos a dar un rodeo por los campos para evitar la carnicería. Solamente algunos se acercaban a Samuel, se interesaban por su desgracia, se ofrecían para lo que hiciera falta. Él, como si no los viese. Corría como un poseso de una humareda a otra gritando el nombre de sus familiares desaparecidos, hurgando con un trozo de chatarra en los desperdicios que ardían. No se percató tampoco de la presencia de un vehículo militar que había acudido diligente con la misión de limpiar la carretera. Cuando

el suboficial que los mandaba se le acercó, él lo increpó con malos modos:

—¡Ahora venís! ¿Dónde estabais cuando han pasado los aviones? ¡Cobardes, más que cobardes! Repartir rancho a los ciudadanos a los que deberíais proteger y barrer los escombros de los destrozos. ¡Eso es lo único que sabéis hacer!

El militar, un brigada viejo con un bigotito fino y cara de malas pulgas, se retiró como si no lo hubiese oído, se volvió hacia sus subordinados y los abroncó por la lentitud con la que trabajaban. En cambio, a los gendarmes que llegaban a caballo por el otro extremo de la carretera no se los pudo sacar de encima tan fácilmente. Descabalaron y mientras uno de ellos se encargaba de las caballerías, el otro lo abordó empuñando un lápiz y un pequeño cuaderno. Quería saber la marca y matrícula del camión siniestrado, cuántas personas viajaban en él, su nombre, edad y lugar de procedencia. Él respondió una por una las preguntas, después dijo:

—Quiero poner una denuncia. Han asesinado a tres personas inocentes.

El gendarme frunció las cejas:

—No le servirá de nada, señor. Esto es la guerra.

Samuel respondió con un precepto del Deuteronomio:

—También en la guerra se debe proceder de acuerdo con la ley.

—En las de antes quizá sí —concedió el gendarme—. La guerra de Hitler se lo ha cargado todo. Las leyes, los derechos más elementales de las personas. Lamento su desgracia, señor Silverstein. Lo ayudaremos a encontrar a sus familiares.

Habían acudido más soldados equipados con herra-

mientas para reabrir la vía al tráfico. Cubrían los hoyos de las bombas, apartaban la chatarra hacia la cuneta, hurgabán en los desperdicios con palas y rastrillos en busca de restos humanos. Él se alejó hasta un grupo de árboles que se encontraban más allá de la cabina del camión, con la esperanza de localizar allí a su padre, desorientado o quizá herido. Quería creer que si en el momento de la explosión el viejo no se había movido de la cabina, si no se había ido a la caja con las mujeres, quizá se hubiera salvado. Ahora bien, bajo los chopos y otros árboles de ribera solo encontró matorrales con desperdicios y excrementos de los fugitivos. De vuelta en la carretera, el gendarme que lo había interrogado lo condujo ante la sábana donde habían ido poniendo los restos humanos que habían separado de las cenizas. Entre el montón de huesos y carnizas chamuscadas distinguió la mano con el anillo de su hija Ruth, tras lo cual cerró los ojos negándose a ver nada más. Y cuando el policía le preguntó si podía identificar a sus tres familiares desaparecidos, respondió que sí eran los tres, su padre, su madre y su hija, y que lo dejaran en paz y se largasen de una vez. Poco después, cuando el gendarme lo informó de que los enterrarían en el cementerio del pueblo vecino, les saltó como una langosta:

—¡Ni pensarlo! Son mis muertos y los enterraré donde yo quiera.

—No es posible, señor. La ley dice que los cadáveres...

Él lanzó un grito que hizo que los soldados que barrían la carretera levantaran los ojos del suelo:

—¡No me venga usted con leyes! ¿No me ha dicho antes que en esta guerra no hay leyes? ¡Dejen en paz a mis

muertos! ¡A mis familiares que ustedes no han sabido proteger cuando estaban vivos!

El gendarme consultó la situación con su compañero, que un poco más allá sujetaba a los caballos por el ronzal, impaciente por acudir a otro siniestro más urgente donde se les reclamaba:

—¿Qué hacemos con este pobre hombre? ¿Tú crees que hemos de hacer tantos trámites y papeles por un puñado de huesos?

El otro respondió:

—¡No perdamos más tiempo y que se los quede, con la condición de que los entierre ahora mismo en un margen de la carretera!

Poco después, el brigada de los basureros ordenaba a un par de soldados que cogiesen una pala y una azada y acompañasen al señor del camión quemado hasta una elevación del terreno que se divisaba a tiro de piedra desde la carretera. No tuvieron que cavar muy hondo para meter el hatillo, que no abultaba más que el cadáver de un niño. En el momento de introducirlos en el hoyo, Samuel empezó la plegaria del Kadish:

—Exaltado y santificado sea el gran nombre del Señor... —En este punto enmudeció consciente de que la oración fúnebre en un entierro mutilado como aquel no solo era inútil, sino una burla a sus queridos difuntos.

Una vez cubierta la tumba, mandó a los soldados a hacer la guerra de verdad, se sacó la camisa con movimientos bruscos y se tumbó sobre la frescura de la tierra removida. La cabeza le hervía, la sangre le latía en las sienes como si de un momento a otro le fuese a estallar. En medio del trasiego de la desgracia había perdido la gorra, y

su cabeza, calva como un buitre, había cogido todo el sol de la jornada. Cuando el sol se hubo puesto cayó dormido. La insolación de caballo que había pillado, el cansancio y la quietud del lugar pudieron más que el dolor por sus muertos y la indignación contra el mundo y contra los hijos de Adán con uniforme que lo habitan.

La fiebre que lo enardecía lo arrancó de un primer sueño lleno de pesadillas. Se incorporó de medio cuerpo y levantó los ojos al cielo: miles de estrellas titilaban lejos de una luna delgada y desvalida hundida hacia el horizonte. Entonces, con la misma voz airada y a la vez dolida con que se había dirigido a los militares y policías, Samuel Silverstein, hijo de Simon, increpó a las estrellas:

—Y tú, Dios de Israel, Dios de nuestros padres, ¿por qué no has detenido los aviones asesinos? Altísimo como eres, desde allá arriba, los has podido atalayar antes que nadie. Mi familia, todas las generaciones de Silverstein, te hemos sido fieles a lo largo de los siglos. El lunes pasado te pedimos protección antes de ponernos en camino. Grito y no me respondes. Estoy convencido de que me oyes. ¿Dónde estabas tú cuando los alemanes han arrojado las bombas?

Guardó silencio y aguzó los oídos por si acaso podía captar una respuesta semejante a la que Dios dirigió a Job. Aquella que dice: «Y tú, mortal desdichado, ¿dónde estabas cuando yo fundaba la Tierra?». Pero el hombre no oyó otra cosa que el rumor lejano del río y ese ruido incierto de las noches de verano que no se sabe si proviene de los insectos escondidos en los matorrales o si cae de las estrellas como una fina lluvia. Se puso en pie y siguió increpando al cielo con una voz cada vez más fuerte, decidida y contundente:

—¿Acaso son tus ojos demasiado puros para ver mi desgracia? Pues ahora gritaré tu nombre, Elohim, y otros nombres que nos has prohibido pronunciar a los humanos. Veamos si de este modo reaccionas de una vez. ¡Adonai Sabaoth! ¡Escucha bien lo que te digo! ¡Los Stukas de la Luftwaffe son más rápidos que el carro de Elías! ¡Más poderosos que todos tus ejércitos de pacotilla! ¿Callas como un muerto? También callabas hace trece años, cuando dejaste morir a mi querida Abigaíl y al hijo que llevaba en sus entrañas. Era el niño que debía dar continuidad a la estirpe Silverstein. De un solo tiro mataste dos pájaros. Me arrebataste a mi amor y al retoño de mi familia. Hoy con la bomba te has superado a ti mismo. No solo has matado a tres, sino que has destrozado los cuerpos para impedir que resuciten. ¡Tienes buena puntería, Yavé Sabaoth! Te felicito. Pues, ahora, mátame a mí también y acabarás de cubrirte de gloria. ¡Mátame a mí también, Adonai de los truenos! Solo me has dejado vivo para que sufra. ¡Mátame a mí también! —repetía Samuel Silverstein con los brazos tendidos hacia el cielo y los pies encima de sus difuntos, muertos por siempre. Se desgañitó lanzando improperios al cielo toda la noche hasta que se le gastó la voz. Entonces, cayó rendido. Yaciendo de bruces encima de la mullida tierra de la tumba se quedó completamente dormido, libre de pesadillas y de desazones.

Soñaba que Yavé le gritaba desde un nubarrón, hasta que abrió los ojos y oyó el rebuzno de un asno por encima del rumor de los caminantes. La carretera general también se había despertado. Deambuló por los alrededores del promontorio en busca de tres piedras, que fue colocando encima de la tumba, una al lado de otra. A conti-

nuación, se frotó la calva con un puñado de hierbas mojas por el rocío y se encaminó hacia la carretera, bien derecho y sin mirar atrás, con la vaga idea de fundirse en la riada de miserables y huir bien lejos del maldito lugar de la tragedia.

No pudo evitar ver otra vez la cabina de su Ford, que seguía junto a la cuneta. Con la cabeza más fría, pensó: «Si no estuviésemos en guerra, ahora podría acudir a la aseguradora». Tenía contratada una póliza con una compañía de Bruselas que cubría todo tipo de siniestros. No obstante, ¿qué podía reclamar hoy con una Bélgica ocupada por los alemanes? La guerra total de Hitler había dejado sin efecto los pactos escritos. Mientras se acercaba a la cabina reparó en que los saqueadores habían cerrado las puertas y se habían llevado una de las ruedas, la del lado del conductor. Al ver que se movía alguien dentro de la cabina, cogió una piedra del suelo y la golpeó contra la carrocería. De dentro salió un niño de nueve o diez años, con la piel tostada y en el labio superior un corte abierto que le desfiguraba el rostro. El niño tartamudeaba con voz cavernosa y los ojos asustados:

—Señor, señor. Los ladrones le cogieron la rueda. Yo los eché. Me he quedado toda la noche haciendo guardia. Se lo juro, señor. ¡Me he quedado haciendo guardia!

«¡Date cuenta de qué tesoro me has guardado!», pensó él. Hasta que vio el maletín negro que el pequeño guardián sacaba de la cabina; entonces le dio un vuelco el corazón. Como el nubarrón oscuro de verano oculta un rato la visión del sol, así el desespero de la desgracia, empañado por el berrinche con las autoridades de Francia y con el Dios de Israel, le había ocultado el recuerdo del maletín con el di-

nero y las joyas familiares que en la mañana de la huida su padre había escondido furtivamente dentro de la caja de herramientas de debajo del asiento. El viejo Silverstein siempre había sido un hombre desconfiado y previsor. Desde hacía unos meses, a la vista de la gravedad de los acontecimientos en Alemania, especialmente alarmantes para los judíos, el hombre había ido retirando dinero del banco y había invertido una parte en la adquisición de oro y de diamantes. Mientras Samuel inspeccionaba el maletín, el niño seguía balbuciendo con voz ronca:

—No he robado nada, señor. Se lo juro...

En efecto, en un primer vistazo no parecía que nadie hubiese metido mano en la caja. Una vez que hubo comprobado que encima de un montón de billetes grandes estaban el reloj de oro de su padre, el collar de perlas de su madre, la aguja de brillantes de su esposa y muchas cajitas y estuches, cerró de nuevo el maletín y, levantando la mirada hacia el pequeño guardián, le preguntó, a él y a sí mismo:

—¿Quién eres, extraña criatura? ¿Un ángel del cielo enviado por Dios? ¿O bien un demonio salido de las tinieblas?

El niño respondió:

—Tengo hambre, señor. Mucha hambre.